

LIBRO DÉCIMO

LA SEMANA SANTA

CAPITULO I

El día siguiente le pasó Osvaldo en los jardines de algunos conventos de religiosos. Fué primero al convento de los cartujos, y se detuvo un rato ántes de entrar, mirando los leones egipcios que hay á corta distancia de la puerta. Tienen aquellos leones una expresion admirable de fuerza y de sosiego; en su fisonomía se ve cierta cosa que no es de animal ni de hombre, parecen un poder de la naturaleza; y al verlos, se entiende cómo podia representarse bajo este emblema los dioses del paganismo.

El convento de los cartujos está edificado encima de las ruinas de los termas de Diocleciano, y la

iglesia, al lado del convento, está adornada con las columnas de granito que se han encontrado todavía en pié. Los religiosos que habitan este convento las enseñan con ansia; ya nada del mundo los interesa sino las ruinas. El modo de vivir de los cartujos supone, en los hombres capaces de observarle, un entendimiento muy limitado, ó la exaltacion mas noble y mas continua de los sentimientos religiosos: aquella sucesion de dias sin variedad de acontecimientos, recuerda el famoso verso:

Sur les mondes détruits le Temps dort immobile (1).

Parece que la vida sirve allí solo para contemplar la muerte; y la movilidad de las ideas, con semejante uniformidad de existencia, seria el mas cruel tormento. En el centro del claustro se levantan algunos cipreses: este árbol negro y silencioso, que el mismo viento agita con dificultad, no introduce movimiento en aquella mansion; y de una fuente inmediata á los cipreses sólo escasamente el agua sonando apénas, tan débil y lento es su curso; como si fuese la clepsidra que conviene á aquella soledad donde el tiempo hace tan poco ruido. A veces penetra en ella la luna con sus pálidos rayos, y su ausencia, y su vuelta, son un acaecimiento en aquella vida siempre la misma.

Sin embargo, estos hombres que existen de tal

(1) Sobre los mundos á la nada vueltos,
En inmóvil quietud el Tiempo yace.

manera, son los propios á quienes, estando acostumbrados, apénas bastarian la guerra y toda su actividad : así es que el destino humano en la tierra presta un caudal inagotable de reflexiones. Pasan en lo interior del alma mil accidentes, y se forman mil hábitos que hacen á cada individuo un mundo y su historia : ¿ conocer á los hombres? gobernarlos, puede ser; pero comprenderlos, es para Dios solo.

Desde el convento de los cartujos pasó Osvaldo al de Buenaventura, edificado sobre las ruinas del palacio de Neron : allí donde se cometieron, sin remordimiento, tantos delitos, se imponen hoy por las culpas mas leves crueles penas unos pobres religiosos, atormentados de escrúpulos. — *Esperamos*, decia uno de ellos, *que á lo ménos á la hora de la muerte no habrán excedido nuestros pecados á nuestras penitencias*. — Al entrar lord Nelvil en el convento tropezó con una trapa, y preguntó para qué era. — *Por ahí nos entierran*, dijo uno de los religiosos mas jóvenes, acometido ya de la enfermedad del mal aire. Los habitantes del mediodía temen mucho á la muerte, y por lo mismo causa mayor admiracion encontrar entre ellos instituciones que la recuerdan en tanto grado; pero es natural gustar de entregarse á aquella misma idea que da temor, porque hay cierta especie de embriaguez de tristeza que agrada al alma llenándola enteramente.

Un antiguo sar cófago de un tierno niño sirve de

fuelle á este convento; y la hermosa palma de que Roma se gloria es el único árbol del jardin de estos religiosos; mas ellos no atienden á los objetos exteriores : su disciplina es demasiado rigorosa para dejar á su entendimiento ninguna especie de libertad : sus ojos están abatidos, su ademan es lento, en nada usan ya de su albedrío, han abdicado el imperio de sí mismos. No obstante, aquella morada no hizo una impresion muy fuerte en el ánimo de Osvaldo, porque la imaginacion repugna á tan manifiesta intencion de presentar la muerte bajo todas las formas; y su idea se graba mucho mas hondamente cuando esta memoria se encuentra improvisa, cuando nos habla la naturaleza, y no el hombre.

Apoderáronse de Osvaldo sentimientos suaves y sosegados entrando, al ponerse el sol, en el jardin de *San Giovanni e Paolo*. Los religiosos de este convento tienen prácticas ménos severas, y su jardin domina todas las ruinas de la antigua Roma. Desde allí se ven el coliseo, el foro, todos los arcos triunfales que aun subsisten, y los obeliscos, y las columnas. ¡ Qué hermoso sitio para semejante asilo! Los solitarios se consuelan de no ser nada, contemplando los monumentos levantados por los que ya no son. Paseóse Osvaldo largo rato por debajo de las sombras del jardin de aquel convento tan raras en Italia : aquellos hermosos árboles interrumpen un momento la vista de Roma, como para redoblar

la impresion que se siente al verla otra vez. Era la hora del anochecer en que se oye á todas las campanas de Roma tocar el *Ave María*.

. *squilla di lontano*
Che paia il giorno pianger che si muore.

DANTE (1).

La oracion de la tarde sirve para contar las horas. En Italia se dice : *Nos veremos una hora ántes, una hora despues del Ave María*; y así se señalan religiosamente las épocas del dia y de la noche. Entónces disfrutó Osvaldo del portentoso espectáculo del sol, que al oscurecer descendiende lentamente entre las ruinas, y parece un momento se sujeta á declinar como las obras de los hombres. Osvaldo sintió renacer en su pecho todos sus pensamientos habituales; y Corina misma en aquel instante tenia demasiado atractivo, prometia demasiada ventura paraocuparle. Buscaba la sombra de su padre por entre las sombras celestiales que lo daban abrigo; parecíale que á fuerza de amor animaria con sus miradas las nubes que contemplaba, y conseguiria hacerlas tomar la figura tierna y sublime de su inmortal amigo; esperaba por fin que sus ruegos obtendrian del cielo cierto soplo puro y benéfico, semejante á la bendicion de su padre.

(1) Allá lejano el bronce resonando,
 Cual si llorase el dia que ya espira.

CAPITULO II

El deseo de conocer y estudiar la religion de Italia, determinó á lord Nelvil á buscar la ocasion de oír á algunos predicadores que hacen resonar durante la cuaresma las iglesias de Roma. Contaba los dias que faltaban para reunirse á Corina, y miéntras vivia ausente de ella no queria ver nada perteneciente á las bellas artes, nada que debiese su atractivo á la imaginacion, porque no podia sufrir la sensacion de placer que dan las obras maestras, no estando con Corina; ni se perdonaba á sí mismo la felicidad sino cuando procedia de ella; la poesía, la pintura, la música, todo lo que hermosea la vida con vagas esperanzas, le ofendia si no estaba á su lado.

Oyense los predicadores en las iglesias de Roma por la semana santa de noche, y con las luces casi apagadas. Todas las mujeres van vestidas de negro, en conmemoracion de la muerte de Jesucristo; y ciertamente entornece aquel luto aniversario, renovado tantas veces, y en tantos siglos. Llégase, pues, á aquellas iglesias tan hermosas, donde los sepulcros preparan á la oracion, con una conmocion sincera; pero el predicador disipa las mas veces aquella conmocion en breves instantes.

Su púlpito es una tribuna bastante larga que recorre de uno á otro extremo con tanta agitacion como regularidad; nunca deja de partir al empezar una frase, y de volver al concluirla, como el volante de un reloj; y al mismo tiempo hace tantos ademanes, y manifiesta tanto calor, que parece debiera olvidarse de todo. Mas aquel es, si puede decirse así, un furor sistemático, muy frecuente en Italia, donde la viveza de los movimientos exteriores, suele no indicar mas que una conmocion superficial. Al extremo del púlpito hay colgado un crucifijo; el predicador le descuelga, le besa, le aprieta contra su corazon, y luego le vuelve á su lugar con la mayor serenidad, concluido el período patético. Tambien hay otro medio de que suelen usar los predicadores adocenados para hacer impresion, el bonete cuadrado que llevan en la cabeza, quitándole y poniéndole con increíble celeridad.

El verdadero mérito en esta parte es rarísimo en Roma, porque la religion en Italia se respeta como una ley todopoderosa; cautiva la imaginacion con prácticas y con ceremonias; pero en el púlpito se atiende mucho ménos á la moral que al dogma, y no se entra en el corazon humano con las ideas religiosas. La elocuencia del púlpito, como otros muchos ramos de literatura, está pues entregada á las ideas comunes que no pintan ni expresan nada, de tal manera que un pensamiento nuevo causaria casi una especie de alboroto en aquellos ánimos tan ar-

dientes y tan perezosos á un tiempo mismo, que necesitan de la uniformidad para sosegar, y la aman porque los descansa. Hay una especie de fórmula para los sermones en cuanto á las ideas y á las frases; casi siempre vienen unas tras de otras, y se trastornaria este orden si el orador, hablando por sí propio, buscase en su alma lo que debiera decir. La filosofia cristiana que busca la analogía de la religion con la naturaleza humana, es tan desconocida como cualquiera otra filosofia de los predicadores italianos; y pensar sobre la religion los escandalizaria casi como pensar contra ella, tan acostumbrados están en esta parte á la rutina.

Los italianos y todas las naciones del mediodía aman particularmente el culto de la Virgen; pero en cuanto dicen los predicadores sobre este asunto, se encuentran las mismas figuras de retórica exageradas, y no puede entenderse cómo sus ademanes y sus palabras no causan risa hablando de lo mas grave que hay en el mundo. Rara vez se ve en Italia, en el augusto ejercicio del púlpito, acento oportuno ni palabra natural.

Cansado ya Osvaldo de la uniformidad que mas fatiga, la de una vehemencia afectada, quiso ir al Coliseo para oír al capuchino que debia predicar allí al raso, al pié de uno de los altares que señalan en lo interior del recinto, que llaman el *Camino de la Cruz*. ¡Qué asunto mas hermoso para la elocuencia que el aspecto de aquel monumento, aquella

arena donde los mártires sucedieron á los gladiadores! Conmueven los diversos objetos que se ven en derredor: la mayor parte de los oyentes son de la cofradía de los Camáldulas; revistense, miéntras duran los ejercicios religiosos, de una especie de ropa oscura que cubre enteramente la cabeza y todo el cuerpo, y no deja mas que dos aberturitas para los ojos; así podrian representarse las sombras. Aquellos hombres, ocultos con sus vestidos, se postran con la frente en el suelo, y se dan golpes de pechos; y cuando el predicador se arrodilla clamando; *misericordia y piedad!* y el pueblo que le rodea se arrodilla asimismo, y repite el propio clamor, que se va perdiendo en los antiguos pórticos del Coliseo; es imposible no sentir una conmocion profundamente religiosa; aquella apelacion del dolor á la bondad, de la tierra al cielo, agita el alma hasta en su mas íntimo santuario. Estremecióse Osvaldo cuando todos los asistentes se arrodillaron, y permaneció en pié por no profesar otro culto que el suyo; pero le costaba trabajo no juntarse públicamente con los mortales que se humillaban delante de Dios.

El pueblo habia notado la hermosa figura de lord Nelvil, y sus modales extranjeros; mas no se escandalizó de que no se arrodillase, porque no hay ningun pueblo mas tolerante que los Romanos; están acostumbrados á que vengan á su país solamente para ver y observar; y sea vanidad ó indolencia,

no procuran atraer á nadie á su opinion. Lo mas extraordinario es que en especial en el tiempo de semana santa, hay entre ellos muchos que se imponen penitencias corporales, y miéntras se disciplinan, está abierta la puerta de la iglesia, y no les importa que entren. Es un pueblo que no se acuerda de los demas; no hace nada porque le miren, no se abstiene de nada porque le observen; siempre camina á su objeto, ó á su placer, sin pensar que haya un sentimiento llamado vanidad, para el cual no hay placer ni objeto fuera de la necesidad de los aplausos.

CAPITULO III

Muchas veces se ha hablado de las ceremonias de la semana santa en Roma: todos los extranjeros acuden expresamente durante la cuaresma para disfrutar de este espectáculo; y como la música de la capilla Sixtina y la iluminacion de San Pedro son bellezas singulares en su clase, es natural que exciten vivamente la curiosidad; pero las ceremonias propiamente no dejan satisfecha del mismo modo la esperanza. La comida de los doce apóstoles, ser-

vida por el Papa, sus piés lavados por sus manos, en fin las varias costumbres de aquel solemne tiempo, recuerdan todas ideas tiernas; pero mil circunstancias inevitables perjudican frecuentemente al interes y á la dignidad del espectáculo. No todos los que contribuyen á él guardan igual recogimiento, ni se entregan con igualdad á ideas piadosas; además que aquellas ceremonias tan repetidas, han llegado á ser una especie de ejercicio maquinal para la mayor parte de los que las ejecutan, y los sacerdotes jóvenes despachan el oficio de las fiestas solemnes con una prontitud y una destreza poco decorosas. Lo vago, lo desconocido, lo misterioso que tanto conviene á la religion, se desvanece absolutamente con la especie de atencion que no se puede dejar de poner en el modo con que cada uno desempeña su ministerio. El afan de los mas por los manjares que se les presentan, y la indiferencia de los otros en las genuflexiones que multiplican, ó en las oraciones que recitan, hacen á veces poco majestuoso el acto.

Los trajes antiguos que todavía usan en su vestido los eclesiásticos, no vienen bien con el tocado moderno: el obispo griego con su larga barba es el que parece mas respetable. Tambien los usos antiguos, como el de hacer la cortesía al modo de las mujeres, en lugar de saludar conforme lo hacen los hombres ahora, producen una impresion poco grave: por último el conjunto carece de armonía, y lo

antiguo y lo nuevo se mezclan sin cuidado alguno de atraer la imaginacion, ni aun de evitar lo que puede distraerla. Ciertamente un culto majestuoso y brillante en las formas exteriores es muy oportuno para llenar el alma de sentimientos elevados; mas es preciso atender á que las ceremonias no se conviertan en espectáculo, en que represente cada cual su papel enfrente del otro, aprendiendo lo que ha de hacerse, en qué instante se ha de ejecutar, cuándo se ha de ejecutar, cuándo se ha de orar, acabar de orar, arrodillarse, y ponerse en pié; porque la regularidad de las ceremonias de una corte, introducida en un templo, reprime el movimiento libre de corazon, que da únicamente al hombre esperanza de aproximarse á la divinidad.

Estas observaciones son bastante generalmente conocidas de los extranjeros; pero los Romanos por la mayor parte no se cansan de aquellas ceremonias, y cada año encuentran en ellas nuevo placer. Es un rasgo particular del carácter de los Italianos que su movilidad no los inclina á ser inconstantes, ni su viveza les precisa á buscar la variedad: en todo son sufridos y perseverantes; su imaginacion hermosea cuanto poseen; ocupa su vida, en lugar de hacerla inquieta; todo lo encuentran mas magnífico, mas noble, mas bello que es en realidad, y así como en otras partes la vanidad consiste en manifestarse cansado, la de los Italianos, ó por mejor decir, el fuego y la viveza que tienen en sí mismos, les hace

complacerse en el sentimiento de la admiración.

Lord Nelvil esperaba, por lo que había oído á los Romanos, mayor impresion de las ceremonias de la semana santa; no quedó contento, y volvió á su casa con una sensacion incómoda; porque no hay cosa mas triste que no conmovernos de lo que nos debiera causar conmocion; parece que el alma carecé de sensibilidad, y como que se teme haber perdido aquel poder de entusiasmo, sin el cual la facultad de pensar solo serviria para hacer la vida desagradable.

CAPITULO IV

Pero el viérnes santo restituyó presto á lord Nelvil todas las sensaciones religiosas que sentia no haber experimentado los dias anteriores. Iba á concluir el retiro de Corina; esperaba la dicha de volver á verla; y las suaves esperanzas de la ternura convienen con la piedad; solo la vida facticia del mundo aparta enteramente de ella. Fué Osvaldo á la capilla Sixtina para oír el famoso *Miserere* alabado en toda Europa: llegó de dia, y vió aquellas célebres pinturas de Miguel-Angel que representan el juicio final, con toda la tremenda energía del asun-

to, y del ingenio que le trató. Miguel-Angel se había penetrado de la lectura del Dante: y el pintor como el poeta representa seres mitológicos delante de Jesucristo, pero casi siempre hace que el paganismo sea el mal principio, caracterizando las fábulas paganas con figura de demonios. Encima de la bóveda de la capilla se ven los Profetas y las Sibilas llamadas en testimonio por los cristianos (1): rodéanlas muchos ángeles, y toda aquella bóveda por su pintura parece que acerca á nosotros el cielo; empero aquel cielo es opaco y temible; la luz pasa apénas por entre los vidrios, que derraman en los cuadros mas bien sombras que claridad; las figuras ya tan majestuosas segun las pintó Miguel-Angel, se hacen mayores con la oscuridad en que están, y el incienso, cuyo olor tiene algo funeral, llena el aire de aquel recinto, y todas las sensaciones preparan para las mas profunda, la que la música va á producir.

Miéntas que Osvaldo se hallaba absorto en las reflexiones que le excitaban todos los objetos que le rodeaban, vió entrar en la tribuna de las mujeres, detras de la reja que las separa de los hombres, á Corina, á quien no esperaba todavía ver, á Corina, vestida de negro, descolorida de la abstinencia, y tan trémula, así que vió á Osvaldo, que tuvo precision de apoyarse sobre la balaustrada para ir adelante; en este momento empezó el *Miserere*.

(1) *Teste David cum Sibyllá.*

Las voces perfectamente ejercitadas en aquel canto antiguo y puro, salen de una tribuna al principio de la bóveda: no se ven los cantores; parece que la música está suspendida en el aire, y á cada momento va declinando el día, y poniéndose la capilla mas lóbrega. Ya no era aquella música voluptuosa y tierna que Osvaldo y Corina habian escuchado ocho días ántes, sino una música enteramente religiosa que aconsejaba la separacion de la tierra. Corina se arrodilló delante de la reja, y se quedó sumergida en la meditacion mas profunda; Osvaldo mismo desapareció á su vista. Parecíale que en aquel momento de exaltacion seria gustoso morir, si la separacion del alma y del cuerpo no se verificase por medio del dolor; si improvisamente viniese un ángel á arrebatarse en sus alas el pensamiento y la sensibilidad, centellas divinas que tornarian á su origen, la muerte no seria, digámoslo así, mas que un acto espontáneo del corazón, una plegaria mas fervorosa, y escuchada con mayor benignidad.

El *Miserere* (*tened piedad de nosotros*) es un salmo compuesto de versos que se cantan alternadamente de muy diversa manera: óyese una música celestial, y en seguida el otro verso, recitado, hace un murmullo sordo y casi ronco; como si fuese respuesta de los caracteres duros á los corazones sensibles, ó la realidad de la vida que rechaza, y deshace los deseos de las almas generosas; cuando vuelve

aquel coro dulcísimo, se torna á la esperanza; mas al empezar de nuevo el verso, sobrecoge otra vez una sensacion de frio, no nacida del terror, sino del desaliento del entusiasmo. Por fin el último trozo mas noble y mas expresivo todavía, deja en el alma una impresion suave y pura: Dios nos conceda esta misma impresion ántes de morir.

Apáganse las antorchas, y crece la noche; y las figuras de los Profetas y de las Sibilas se aparecen á manera de fantasmas envueltas en el crepúsculo: reina un silencio profundo; el habla haria un daño insoportable en aquella situacion del alma, en que todo es íntimo é interior; y al desvanecerse el postrer sonido, se va cada cual paso á paso y callado; todos parece que temen volver á los intereses vulgares del mundo.

Corina fué detras de la procesion que caminaba al templo de San Pedro, alumbrado entónces únicamente por una cruz iluminada; aquel signo de dolor, resplandeciendo solo en la augusta oscuridad de un edificio inmenso, es la imagen mas hermosa del cristianismo en medio de las tinieblas de la vida. Derrámase sobre las estatuas que adornan las sepulturas, una luz pálida y lejana: y los vivos que se ven en tropel debajo de las bóvedas, parecen pigmeos en comparacion de las imágenes de los muertos. Al rededor de la cruz hay un espacio alumbrado por ella, donde se postran el Papa, vestido de blanco, y todos los Cardenales, detras de él

en fila. Permanecen allí cerca de media hora en el mayor silencio, y es imposible que no cause conmoción semejante espectáculo : ignórase lo que piden, no se oyen sus secretos gemidos ; pero son ancianos, y nos preceden en el camino del sepulcro : ¿ nos concederá Dios la gracia, cuando pasemos á esta terrible vanguardia, de ennoblecer nuestra ancianidad bastante para que el ocaso de la vida sea el primer día de la inmortalidad ?

Corina también, la joven y hermosa Corina, estaba de rodillas detras de la comitiva de los sacerdotes, y la suave claridad que alumbraba su rostro, descoloria su tez, sin hacer ménos vivo el resplandor de sus ojos. Osvaldo la miraba en aquella situación como una pintura embelesadora, y como un ser adorado. Levantóse cuando acabó de orar : lord Nelvil no osaba acercarse, respetando la meditación religiosa en que le parecia sumida ; mas ella se llegó á él con un arrebató de felicidad, y esparciéndose aquel sentimiento en todo lo que hacia, recibió con vivo gozo á los que la hallaron en San Pedro, vuelto de repente como un gran paseo público, donde todos se citan para tratar de sus negocios ó sus placeres.

Admirábase Osvaldo de aquella volubilidad que hace sucederse impresiones tan diversas ; y aunque la alegría de Corina le hacia dichoso, le sorprendia no hallar en ella vestigio alguno de las sensaciones anteriores : no acertaba á entender cómo se permi-

tía que aquella hermosa iglesia fuese, en un día tan solemne, el café de Roma, donde se juntaban para divertirse ; y mirando á Corina, en medio de su círculo, hablar con viveza, sin acordarse de los objetos que la rodeaban, concebió un sentimiento de desconfianza sobre la ligereza de que podia ser capaz : ella lo advirtió al momento, y separándose repentinamente de los que la acompañaban, cogió á Osvaldo del brazo para pasearse con él por la iglesia, y le dijo : — Nunca os he hablado de mis sentimientos religiosos ; permitid que lo haga hoy, por si acaso consigo de esta manera disipar las nubes que he visto levantarse en vuestro pecho.

CAPITULO V

La diferencia de nuestras religiones, querido Osvaldo, prosiguió Corina, es causa de ese secreto descontento que no podeis dejar de manifestarme. La vuestra es severa y triste, la nuestra viva y tierna. Generalmente se cree que el catolicismo es mas riguroso que el protestantismo, y acaso será esto cierto en los países donde han luchado ambos cultos ; pero en Italia no hemos conocido las discu-